

Memorias de un cuarentón en Tinder

Memorias de un cuarentón en Tinder

Edward H. Peterson



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía del autor: Archivo del autor

© Edward H. Peterson 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: mayo 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-39-1

Depósito legal: AL-4807-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Dedicado a mi madre, la persona que más ha influido en mi vida y que más ha condicionado quien he sido y seré. A pesar de que unos segundos después de leer estas líneas ya las habrás olvidado, no me importará. Sé que estarías tan orgullosa de mí como yo lo estoy de ti.

Tú fuiste delicadeza y furia, lluvia y fuego. Permanecerás en mí mucho más allá del no tiempo...

*No solo somos irracionales, sino previsiblemente
irracionales; es decir, que nuestra irracionalidad
se produce siempre del mismo modo,
una y otra vez.*

Las trampas del deseo
Dan Ariely

Confundir la experiencia con la memoria de la misma es una poderosa ilusión cognitiva... El yo que experimenta no tiene voz. El yo que recuerda a veces se equivoca...

Pensar rápido, pensar despacio
Daniel Kahneman

A mi otro yo:

Tu yo que recuerda te dice que ya eres un cuarentón acabado, un perdedor. Sin embargo, tu yo que experimenta te alienta a que te afeites esa barba canosa y te dejes de tonterías de una vez por todas.



Prólogo

Me gustaría empezar este libro pidiendo disculpas. He modificado rasgos físicos y de personalidad, nombres y otros detalles de todas las personas con las que tuve alguna interacción, más o menos positiva, a través de Tinder, con el fin de ser lo más amable y respetuoso posible con ellas. Por supuesto, mi yo que recuerda probablemente haya alterado a su antojo las vivencias que experimentó durante algo más de un año. Mi memoria es muchas cosas, pero no infalible.

No ha sido ningún proyecto o estudio sociológico. No me dedico a esto. En realidad, tampoco me dedico a escribir libros, pero aquí estoy... ¿Seré un impostor?

Utilicé la dichosa aplicación de citas en un momento muy concreto y complicado de mi vida, sin ningún otro objetivo que la búsqueda del amor y de la felicidad. He intentado desdramatizar muchas de las situaciones que viví utilizando el humor y conectándolas con algo que me apasiona desde hace ya un tiempo: la ciencia.

Este no es un libro de autoayuda. No, con él nadie va a encontrar a su «persona vitamina» ni al Espíritu Santo... Tampoco va a

hacer a los lectores más inteligentes ni más atractivos, ni siquiera los va a llevar a tener más suerte. Este último factor seguramente sea el más decisivo tanto en nuestros éxitos como en nuestros fracasos, teniendo en cuenta el grado de incertidumbre en el que oscilamos los seres humanos la mayor parte del tiempo.

No soy científico ni lo pretendo, con mi profesión real y la importancia que le doy tengo más que suficiente. Solo aspiro a que pasen un rato entretenido leyendo este libro. Eso sería la repanocha, como diría el mismísimo George Clooney —y sí, eso me lo acabo de inventar—.

Invito a los lectores a no asumir nada de lo que lean en estas páginas como verdades o certezas absolutas, pues mi ignorancia, mis sesgos cognitivos y mis prejuicios estarán bien presentes en cada letra, palabra, párrafo y capítulo de estas memorias.

Empecemos, pues...



Mi última *Tindercita*

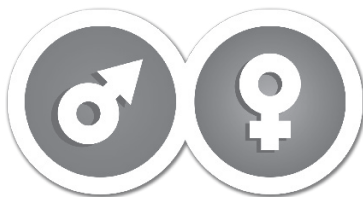
Medio cojo, con un calor asfixiante y bastante desencantado por mis anteriores experiencias en Tinder, de esa manera tan peculiar acudí a mi última cita. Estaba ya hasta un sitio peludo, húmedo y oscuro —me refiero a las narices— de hacerme ilusiones para nada.

Aquello empezaba a parecerse a la película *Atrapado en el tiempo*. Sí, exacto, esa comedia que todo el mundo conoce popularmente como *El día de la marmota*, dirigida por Harold Ramis y protagonizada por Bill Murray y Andie MacDowell, en la que el protagonista es un poco mala gente, por así decirlo, y se queda atrapado en el mismo día una y otra vez, en una especie de castigo divino, despertando con la misma maldita cancioncita cada mañana.

Pues algo similar me ocurría a mí: me encontraba en un bucle infernal eterno. Todas las Tindercitas empezaban y acababan más o menos de la misma manera, pero, en lugar de con una insufrible canción, mi despertar se producía con cada nuevo *match* que me reactivaba la esperanza de encontrar a esa persona especial con la que compartir mi vida, formar una familia, etcétera.

La notificación resplandeció en la pantalla de mi móvil:

MATCH!



Orquídea es un *match*.

CHAT

—Pues vale —me dije a mí mismo, sin pizca de entusiasmo, pero con la expectación de que finalmente fuera *ella*.

A los pocos días quedamos para vernos durante un caluroso mediodía de verano. Habíamos charlado un poco a través del chat de la popular, o impopular, según se mire, aplicación de Tinder. Tras eso, nos intercambiamos los números de teléfono.

Aquello parecía no tener fin y estaba más que hartito. Por eso fui incapaz de presentarme con la mejor predisposición a conocer a Orquídea, una simpática mujer caribeña. Nos encontramos en un bar cerca de donde me había dicho que vivía. Nos dimos dos besos en las mejillas.

—Soy Orquídea, encantada.

—Soy Edward, igualmente.

—¿Te parece bien si entramos ya?

—Me parece estupendo porque estoy a punto de desintegrarme como un polo de limón si sigo un minuto más aquí fuera —solté mientras me secaba los chorretones de sudor de la frente.

Empezaba a entender cómo se sintieron los primeros autóma-

tas que salieron de la base secreta que se describe en la novela de ciencia ficción *Proyecto Fallen*.

Ella sonrió.

—¡Esperemos que tengan aire acondicionado!

«Sí, porque, si no, la hemos liado pero bien», pensé mientras mi yo que recuerda revivía el bochornoso momento que sufrí durante una Tindercita anterior en la que tuve que huir haciendo el *moonwalk* de Michael Jackson, literalmente. Pero no adelantemos acontecimientos.

Era una hora tan extraña que en el local no había nadie, ni un alma. De hecho, preguntamos si se podía pasar, porque estaba vacío por completo y aún se veían sillas encima de las mesas.

—Sí, podéis pasar. Acabamos de abrir —nos dijo un empleado, que todavía estaba fregando el suelo.

—Gracias —respondimos los dos.

Entramos y un suspiro me recorrió todo el cuerpo al comprobar que sí tenían encendido el aire y se estaba bien fresquito.

«Edward con culito sudado 0; Edward con culito seco 1», me dije, y en mi mente apareció Rafa Nadal celebrando un punto con su clásica pose y gritando: «¡Vamooooo!».

La cosa parecía marchar bien hasta el momento, Orquídea era simpática y me causó buena impresión, me parecía muy atractiva. Ahora solo quedaba que no apareciera, por nada del mundo, uno de los intereses estrella en Tinderlandia, el más temido por un servidor: la puñetera *astrología*.

Pedimos dos zumos de piña con hielo y, tras degustar el primer sorbo, Orquídea me preguntó:

—Edward, ¿de qué signo del zodiaco eres?

—¡Nooo! —berreé desde mis adentros más profundos.

Igual que Bill Murray, tuve ganas de largarme de aquel lugar con una marmota y suicidarme lanzándome con el coche por un precipicio para ver si así escapaba de una vez de aquella pesadilla de seudociencia que me perseguía a todas partes.

¿Que cómo llegué hasta ese punto de frustración y desesperación? Hubo algo más que astrología de por medio, de eso no hay duda.

Pero antes de adentrarnos en el complejo mundo de las citas *online*, veamos quién fui, quizá alguna vez, antes de convertirme en un cuarentón en Tinder.



¿Que cómo empieza esta historia?

Hablar únicamente de mis experiencias en Tinder resultaría confuso e inconexo sin antes no rememorar un poco de mi pasado, de aquellas vivencias que me hacen darme de hostias, una y otra vez, de manera casi científica, en mis Tindercitas.

Hari Sheldon, el legendario personaje del gran Isaac Asimov en su obra *Fundación*, lograba, gracias a una nueva ciencia, la psico-historia, anticipar con una precisión inusitada el comportamiento de grandes masas de seres humanos a lo largo de siglos, prediciendo incluso momentos clave de la historia de la humanidad para afrontarlos con ciertas garantías.

Y yo me digo: a ver, Hari, que vaya nombre te han puesto... No sé, suena un poco sin fuerza, como un sucedáneo de Harry. ¿Se imaginan la saga de Clint Eastwood así? «*Hari*» el sucio, más que de un policía ultraviolento repartiendo bacalao por las calles de San Francisco, una película con un título como ese quizá narraría las desventuras de un tipo que trabaja en una charcutería sin aire acondicionado, en pleno agosto, y cuya rutina de higiene deja mucho que desear. Pero no nos desviemos. Sí, Hari, te estoy hablando

a ti. ¡Necesito que mediante tu superpsicohistoria me ayudes a dejar de cagarla en el amor de una vez por todas!

Al ser un personaje ficticio de una saga de ciencia ficción y conociéndolo como no lo conozco, imagino que Hari Sheldon me respondería una cosa tal que así:

—¡Anda y que te den, Edward!

Pues sí. Seguramente, resultaría mucho más sencillo para un psichistoriador del nivel de Hari Sheldon descifrar a qué hora exacta y dónde pelotas, dentro de chorrocientos años, se va a producir el siguiente cataclismo socioeconómico galáctico de dimensiones apocalípticas que intentar que alguien como yo deje de cometer los mismos y previsibles errores que me han alejado continuamente de una vida afectivo-amorosa mucho más plena y feliz. Y es posible que las causas de tal desdicha se remonten a cuando era tan solo un niño.



Mi yo del pasado más lejano

Mi primer recuerdo es sentirme levitar entre personas con caras borrosas y, al mismo tiempo, nítidas sonrisas. Es, con casi plena certeza, una construcción imaginaria de mi memoria. En mi mente, soy un bebé en brazos de mis padres, siendo presentado, supongo, a otros miembros de la familia.

Ahora sé que ese primer recuerdo era una ilusión, pero durante años mantuve la creencia de que era real porque era una historia coherente dentro de mi narrativa interna. Una bonita mentira. Tenía sentido para mí y eso era más que suficiente.

O, tal vez, aquella construcción imaginaria se debía a que una de las primeras películas que vi cuando tan solo era un mequetrefe fue *Superman*, la de 1978. Hoy en día aún sigue poniéndome los pelos de punta su banda sonora.

Asumo que mi cerebro extrapoló aquella escena en la que Susanah York y Marlon Brando, interpretando a los padres biológicos del superhéroe, alzan al pequeño Kal-EL justo antes de enviarlo a la Tierra para evitar su muerte, lejos del agonizante Kriptón.

Según la ciencia, aunque creamos recordar un evento concreto antes de los tres años, puede que no se trate de un recuerdo real, si es que alguno lo es, sino a una reconstrucción que nuestro cerebro ha efectuado *a posteriori* gracias al relato que hemos escuchado de nuestros padres o de algún familiar.

¡Edward, el bebé con superpoderes memorísticos! ¡Recuerda incluso cuando potó su primera papilla de verduras! ¡Pasen y véanlo!

Es gracioso, sí, pero ni te imaginas cuántas creencias, sin ningún tipo de argumento sólido que las respalde, totalmente falsas y alejadas de la realidad, están igual de bien instaladas en nuestras mentes humanas.

Así que, puntualizado esto, no me queda otra que viajar unos años hacia adelante para poder explicar algo un poco más verosímil. Pasaremos de mi etapa de superbebé levitador hasta la edad en la que nació mi hermana y mis padres se separaron para siempre.



Mi yo de los siete años

Era un pequeño y temeroso ser muy apegado a mi madre. Tanto era así que, siempre que podía, me quedaba durmiendo con ella en su cama hasta que mi padre llegaba de trabajar a las tantas de la noche y me expulsaba, literalmente, a mi cuarto.

—¡Largo! —vociferaba como un orco de *El Señor de los Anillos*.

¿Y qué hacía yo después? No, todavía no había visto a Tom Cruise en *Misión imposible* accediendo al ordenador central de la CIA para robar la lista NOC, pero mi yo de los siete años esperaba lo suficiente como para asegurarse de que papá ya dormía —sus ronquidos eran la señal inequívoca— y, entonces, bajo el manto de la oscuridad, empezaba a deslizarme enfundado en mi pijama de *Mazinger Z* desde mi catre, reptando como un sigiloso guerrero *ninja* hasta alcanzar la puerta de la habitación de mis padres. Utilizando esa misma técnica ancestral, accedía al lado de la cama en el que dormía mamá y trepaba por debajo de las sábanas hasta sus brazos, calentito y seguro otra vez.

Lo sé, mi *misión* de regresar a la seguridad y la calidez de mi progenitora no era tan peligrosa como robar documentos clasifi-

cados de la CIA, pero a mí me lo parecía. ¿Por qué? Pues porque los cabreos que se cogía mi padre al darse cuenta de mi presencia de nuevo daban un miedo que te cagas.

—Pero ¡será posible! ¡Otra vez aquí! ¡Largo! ¡O te meto un tortazo que te vas a enterar! —gritaba tras encender la luz y ver a un pequeño mamoncete allí de nuevo.

Por supuesto, me salía fuego valyrio del culo de lo rápido que corría.

Muy pocos días conseguía dormir toda la noche en la cama de mis padres, y no era porque no lo intentase, pero cuando lo lograba, era la leche. Y sin duda tal hazaña nunca habría estado a mi alcance sin la inestimable colaboración de mi querida madre, que jamás dejó de acoger a su pequeño guerrero *ninja* cagoncete nocturno.

Dicho lo cual, y aunque no lo recuerdo bien, aquello pudo ser el motivo de más de una discusión entre ellos dos.

Poco después nació mi hermana. Fíjate, quizá por eso le molestaba tanto a mi padre que me colara en la cama, quería privacidad para engendrar a su siguiente hija. ¡Y yo sin saberlo! Bromas aparte, recuerdo ir con él al hospital para conocerla tras su nacimiento. Seguramente fue uno de los días más emocionantes y felices de mi vida, al menos para mi yo que recuerda.

Aquel fue el final de lo bueno, más tarde todo se fue a tomar por ahí. Discusiones continuas entre papá y mamá, noches en las que mi padre ni aparecía por casa, el día en el que a mi madre se la tuvo que llevar una ambulancia... En aquel momento yo no lo supe, pero más tarde me enteré de que había intentado suicidarse.

Aquí es cuando debería explicar los eternos antecedentes psiquiátricos que tenía y cómo su propia familia, repleta de alfabetos emocionales y cazurros machistas, no fue de demasiada ayuda, por decirlo suavemente. Pero esa es otra historia. Que aquí hemos venido a hablar del jodido Tinder y no de un maldito cuento para dar pena y autocompadecerse. ¡A llorar a la llorería!

Así me reprende mi yo más machote cuando me pongo sensiblón, como ahora.

Te estarás preguntando para qué puñetas he expuesto un poco de mi propia infancia y qué relación puede tener todo esto con la vida amorosa de un servidor. Pues yo siempre he creído que ese fue el origen de la ansiedad imperecedera que hay en mí, provocada por la idea, la posibilidad, de acabar como mis padres. Y peor aún: que mis hijos o hijas —sí, los que no tengo— acabaran como yo.

¡Menuda paja mental!

Estoy convencido de que el carismático psicólogo Ramón Nogueras discreparía con este argumento, y no con poca razón, pues no parece haber demasiada evidencia de que nuestros traumas infantiles nos persigan hasta el fin de los días, atormentándonos sin descanso. Pero lo siento, Ramón, soy un hipócrita y, además, esa frágil línea argumental es la que voy a usar para el inicio de este libro en concreto.

¡Va que ni *pintao*!

